



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 9.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 26 DE FEBRERO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Imposibilitados los marroquíes de hacer una resistencia seria á nuestro ejército, diezmadadas considerablemente las filas de las pocas tropas regulares que les han quedado; dispersos los kabilas que habian acudido al llamamiento de la guerra santa, robados sus jefes, saqueadas por ellos mismos sus ciudades, la anarquía reinando en Fez,

la confusion y el espanto en Tanger, la miseria y el desaliento en todas partes, el sultan de Marruecos ha debido humillarse y pedir la paz. «Pues que el Dios grande, decia Muley Abbas al aplicar las espuelas á su caballo despues de la derrota del 4, pues que el Dios grande ha querido dar la victoria á los cristianos y la derrota á los moros, cúmplase la voluntad de Dios.» Asi las proposiciones de paz se reducian á preguntar con qué condiciones se la otorgaríamos, á fin de complacerles. «Ustedes, pidan, ignoramos su gusto, nos han dicho los moros: estamos dispuestos á darles lo que quieran con tal que nos dejen en paz. Llegó con esta mision de paz el general Ustariz, mensajero del cuartel general y secretario particular del duque de Tetuan; y á su llegada se reunió el consejo de ministros para saber lo que se habia de pedir. Aun no podemos decirlo á nuestros lectores, porque si bien se halla resuelto, y el general Ustariz marchó con las peticiones, y estas fueron entregadas á los comisionados de Muley Abbas, todavia no se ha participado al público nada oficial sobre el asunto. Todos creen, sin embargo, que las bases de las negociaciones partirán de la conservacion de Tetuan que va convirtiéndose en ciudad española con todas sus ven-

tajas é inconvenientes. Entre tanto se disponen viajes de recreo á esta ciudad. Una empresa ofrece á todos los que la den 800, 600 ó 400 reales, segun sea la clase de carruaje y de aposento á bordo que elijan, llevarlos desde Madrid por el ferro-carril á Alicante y desde Alicante en vapor á la rada de Tetuan. Allí el vapor esperará dos dias, pudiendo los viajeros dormir y comer á bordo por su dinero, y luego les traerá á Alicante, donde el tren del ferro-carril los tomará para trasladarles á su domicilio de Madrid. Sabemos de muchos que pensaban aprovecharse de esta oportunidad, y aun algunas señoras, animadas con el ejemplo de la duquesa de Tetuan, que ha marchado á ver al duque, se aprestaban á hacer tambien el viaje con el objeto de visitar igualmente á sus esposos ó parientes.

Hay una dificultad para que las señoras vayan á Tetuan, y es que la estrechez de las calles no corresponde á la voluminosa amplitud de los mirriaques; pero esta dificultad queda vencida adoptando un traje especial tetuanesco, por ejemplo, el que usaban nuestras madres y abuelas á principios del siglo: cintura alta, ropa estrecha, dibujando las formas, manga corta y gorro con plumas. Lástima que la autoridad, mandando suspender el viaje, haya impedido que se adoptase esta moda.

En la prevision de que pueda continuar la guerra, se han hecho varios inventos de cuyos pormenores no se nos ha dado cuenta, pero que podemos anunciarlos por mayor. Uno de ellos es un instrumento que se puede llevar en el bolsillo, y consiste nada menos que en una escala de asalto con la cual se puede subir, sin hacer ruido, á las mas considerables alturas, sin riesgo de romperse la cabeza. Provistos, de este instrumento llegan los soldados á la muralla de cualquier ciudad y á la voz preventiva de; mano al bolsillo! todos se disponen á ejecutar á un tiempo el movimiento de sacar la escala y echarla á la muralla, donde, como no ha de hacer ruido, no será sentida, y las tropas subirán cada uno por la suya como quien sube por la escalera de su casa.

Si esta invencion se generaliza, no va á haber puerta cerrada, ó nada importará que la haya, para el feliz mortal que posea el precioso instrumento. Es verdad que entonces se sustituirán los balcones á las puertas y se harán llaves y cerrojos de balcon como ahora se hacen de puerta de calle.

Se habla tambien de otro invento de proyectiles huecos para carabina ó fusil. Se echan estos proyectiles en el arma, se dispara, salen y al llegar al blanco; zas! estallan y cada uno vale por diez. Decididamente á este

paso los medios de destruccion van á ser mayores que las probabilidades de vivir, y la guerra entre dos naciones civilizadas va á realizar algun dia la fábula de aquellos perros que en su furor se comieron reciprocamente, no quedando mas que los rabos.

Una idea buena han emitido estos dias los periódicos andaluces, y es aumentar la marina en cuarenta y nueve buques mas. Para esto se sugiere el medio de que cada provincia costee y regale un buque al Estado. Esto seria muy bueno si cada buque no costase 8 ó 10.000,000 de reales ó si todas las provincias se hallasen en estado de hacer un donativo tan cuantioso. Pero como hay varias que no podrian hacer de pronto un desembolso de esa especie, nos parece mejor que se destine á la compra y construccion de buques la indemnizacion que nos han de dar los marroquíes cuando se haga la paz, y suplir la falta si la hay con una suscripcion nacional.

¿Pero haremos la paz? Quizá no se haga sin castigar antes á los moros del Riff, que en Melilla nos han ocasionado muchas y sensibles bajas. La tribu fronteriza de Benisidel habia colocado el dia 6 un cañon para molestar á la plaza. El gobernador, brigadier Buceta, habia prometido á estos kabilas si le molestaban, salir y quitarlos el cañon; y en la madrugada del 7 salió en efecto, se apoderó del punto llamado el *Ataque seco*, lo fortificó y se mantuvo el 8 y el 9 en sus fortificaciones. Atacado allí de una violenta fiebre, tuvo precision de dejar el mando y le entregó á un jefe que por haber experimentado pocos dias antes una horrorosa desgracia de familia, no tenia la cabeza, segun dicen, muy dispuesta para planes de campaña. Ello es que el 9 por la noche los moros en número de ocho mil, segun unos, y de seis mil, segun otros, atacaron de improviso á los nuestros que no pasaban de mil, y cuando el brigadier Buceta, á pesar de la fiebre que le retenia en cama, quiso acudir á remediar el dano, ya las llamas consumian las fortificaciones construidas y nuestros soldados se retiraban despues de haber tenido una baja de la tercera parte de su fuerza.

El general marqués de Novaliches ha mandado formar causa al señor Buceta, acusándole de haber traspasado las órdenes terminantes que le tenia comunicadas. El consejo de guerra dirá si las circunstancias del hecho disculpan ó no al mencionado brigadier, el cual por otra parte tiene hechos muchos y relevantes servicios en Melilla misma y ha sido siempre temido y respetado de los moros fronterizos.

El Carnaval que segun el calendario terminó el martes, segun la costumbre termina hoy domingo de Pi-

ñata. Lo desapacible del tiempo ha hecho que en los tres días la concurrencia haya sido en los paseos mas escasa que otros años. Sin embargo, no ha faltado gente de buen humor y genio divertido. Los bailes, especialmente los de la *Zarzuela*, han estado animadísimos, tanto mas cuanto que el teatro de *Oriente* se ha abstenido este año de competir con los demás.

En los teatros nada nuevo. *Sueños de amor*, comedia representada en el *Príncipe* es una producción soporífera de un célebre autor francés, que en medio de sus triunfos suele dormir muchas veces, siendo este el único punto de contacto que tiene con Homero. Espérase en el *Circo* un drama del señor Hartzzenbusch, que no dudamos será digno de su reputación.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL CARNAVAL.

II.

Como ofrecimos en nuestro artículo anterior, vamos á presentar compiladas en este algunas de las tradicionales costumbres que, en medio de la múltiple variedad del Carnaval, le imprimen un carácter propio en determinadas localidades. Y, pues, según dijimos en el artículo anterior, en Italia renacieron estas fiestas populares, algunas de sus históricas poblaciones habrán de ser las primeras objeto de nuestro exámen.

Roma, en tales días, confunde su aristocrática nobleza con su desgraciado pueblo. Transformado el *Corso* en gran paseo, ostentan sus edificios magníficos tapices y coladuras, y álzanse por donde quiera tableros para alquilar a-ientos á los que mas tranquilos gusten ver las fiestas sin tomar activa parte en ellas. En el palacio *Ruspoli* se disponen magníficos palcos para la mas alta sociedad, y todos preparados á la gran fiesta, solo esperan el momento solemne en que la bronca vibración de la *patarina*, esa histórica campana de Vitervo que solo toca en la elección y muerte de los papas y en la apertura del Carnaval, anuncie el ansiado instante en que empiecen las horas de las alegres *mascherate*. El deseado momento llega al fin á las dos de la tarde del primer día. Magníficas carrozas se abren paso entre multitud de máscaras de á pié, desde cuyos lujosos carruajes la nobleza romana arroja por donde quiera dulces y confites, á que contestan sin cesar las damas: *scaletti*, espirales elásticas que se dilatan ó acortan á voluntad de su poseedor, llevan hasta los balcones perfumados ramos de flores, y con ellos no pocas veces billetes de amor; y despues de una hora en que las máscaras de los carruajes puede decirse que han jugado el principal papel, ceden el puesto á los de á pié que todo lo invaden estrechándose hasta casi ahogarse para presenciar la *carrera*. «Entran entonces á galope y con sable en mano los dragones que vienen desde el *palacio de Venecia* á la plaza del pueblo, alineando con tan brusco ataque á todos los peatones para abrir paso á los nuevos actores que van á recorrer la carrera. Inmediatamente se cierra la calle con un grueso cable, detrás del cual se colocan en fila doce ó quince caballos con sus respectivos palafreneros. Van los caballos empenachados con cintas y plumas de diferentes colores, con ricas guadrallas, pero llenos de colgantes balas de plomo y pinchos por todo el cuerpo, y estimulados ademas por mechas de yesca encendida en las partes mas sensibles del animal. Asi los pobres llegan á aquel sitio furiosos, acocándose y mordiendo mutuamente, queriendo salvar la barrera puesta delante de ellos, porque saben que van á correr y á ser rivales. Pero la lucha mas encarnizada es entre ellos y los palafreneros, que tirados al suelo, mordidos y acocados, se levantan furiosos y deseando domar animales que se han hecho indomables por las espuelas que los hieren y el fuego que les abrasa, se cuelgan de sus crines, de sus orejas y narices humeantes en medio de las aclamaciones del público. A cierta señal se baja el cable, y parten disparados los caballos rivales hasta dar al fin de la carrera en la meta formada por un gran lienzo que cierra la calle entre el *palacio Torlonia* y el de *Venecia*. Desde un balcon de este proclama un juez al caballo vencedor.» (1) Tal es el espectáculo que en estos días aplaude Roma, y el cual se presenta en medio de aquel pueblo católico como vivo recuerdo del gran mundo pagano que allí tuvo su apoteosis y su sepulcro. Es imposible mirar aquellas luchas sin que acudan á nuestra memoria los sangrientos combates del circo y las carreras de los hipódromos.

El último día de Carnaval tiene lugar otra escena digna de mención. Al anocheecer todas las máscaras, lo mismo en las calles que en el *Corso*, en los balcones que en los carruajes, llevan cerillas encendidas á las que dan el nombre de *moccoli* y que deben apagarse chocándolas entre sí las máscaras. Esto produce otra lucha de distinto carácter que la anterior, y que ofrece un espectáculo en extremo fantástico. Aquellos millares de lucas que vienen, van, se mezclan, se confunden, se cruzan y se

apagan mas ó menos tarde, reflejando sus inciertos resplandores en los extraños disfraces de los romanos, parece, visto al anocheecer del último día en que tuvieron lugar tantas escenas de vestiginoso delirio, las postreras chispas del febril fuego de la locura estinguiéndose á medida que se acerca el día del arrepentimiento y de la penitencia. Todavía es mas completa la ilusión que tal escena produce cuando se oye repetido por todas partes, al irse estinguiendo los *moccoli*, con tono de triste salmodia: *¡E morto il Carnevale!*

En Milan, donde indudablemente despues de Roma se conserva mas decidido amor á las diversiones de Carnaval, á pesar de la renombrada fama de Venecia, ademas de ofrecer aquel animación incesante lo mismo en los bailes de la *gran Scala* que en las calles y plazas, tiene lugar por todas partes una singular costumbre que consiste en arrojar multitud de menudísimos granos de yeso que al intento se fabrican, los cuales reciben el nombre de *coriandoli*. Estos proyectiles se arrojan sin cesar de las ventanas á las máscaras de los carruajes, de á caballo y á pié, las cuales devuelven igual género de armas, ya con la mano, ó bien con *escoppes* de madera, grandes cucharones con mangos de ballena, la cual por su propiedad elástica presta mayor fuerza á los disparos. La abundancia en que estos coriandoli se arrojan es tal, que el valor invertido en ellos asciende algunos años á miles de pesos, y las calles se cubren de una capa blanca cual si hubiese caído una gran nevada.

Análoga costumbre á la de esta ciudad italiana tiene lugar en nuestra patria en las plazas y calles de Tudela. Dan en esta el nombre de *cipoteros* á las máscaras que recorren las tardes del Carnaval toda la ciudad; pero lo que la caracteriza y forma la especial costumbre de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores es, una funda de almohada atada por uno de los extremos y mas floja por el otro para dejar paso á la mano, cuya funda viniendo á caer á manera de mortal debajo del brazo izquierdo, está llena de dulces que bien pronto desaparecen arrojados sin piedad á las hermosas, las cuales cruzan sus fuegos de iguales proyectiles con los de los *cipoteros*, viniendo á quedar en breve sembrado el pavimento de dulces, bombones y hasta pastillas de chocolate, que algunas veces agotados los confites, se han arrojado los combatientes. Y no haya miedo, sin embargo, de tal profusión, que impunemente puedan los chicos y labriegos recoger algunos; pues armados los *cipoteros* con un palo de cuyo extremo cuelga atada á una cuerda una gran bota con pelo perfectamente henchida de aire, reparten sin cesar mas ruidosos que ofensivos golpes á los que pretenden coger los dulces.

Indudablemente los habitantes de Tudela en estos días se muestran mas espléndidos que los tradicionales milaneses, pues mientras estos arrojan á las hermosas bolitas de yeso, los otros las ofrecen y cambian con ellos en delicioso combate costosos dulces y confites. Y no solamente en Tudela se sigue tan agradable práctica; comun es á otros muchos pueblos de España, entre los cuales podemos citar á la villa de Agreda y á la marítima y voluptuosa Cádiz.

En París, el célebre *Mardi gras* termina con lo que conocen con el nombre de *ata descente de la Courtille*. A la madrugada del miércoles, allí bajan todos los que han tomado parte en el carnaval despues de la última noche de baile y de delirio, mezclándose con ellos, para verles pasar los que no pudieron acompañarles en el festin. Es una mezcla indescriptible, un grito inarmónico, vibrante y prolongado compuesto de millares de voces, una embriaguez inmensa en el último extremo del goce mundanal. Allí acuden las hermosas de la buena sociedad, mezcladas con las meretrices, pálidas unas y otras y en desorden los vestidos, inequívocas señales del agitado baile que termina, y se agrupan para ver descender al pueblo que se retira rendido de placeres en confusa multitud. Los que pasan dirigen palabras descompuestas á los que los miran pasar, y entre unos y otros crúzanse picantes palabras que bien pronto dejan ancho campo á las injurias, pero que desaparecen ahogados por aquel torbellino de gritos, de exclamaciones, de cantares y de infernal algazara.

En algunos pueblos de nuestra patria diviértense mas pacíficamente *corriendo pollos*, que consiste en perseguirlos metidos los corredores en sacos, como sucede en varias ciudades de Valencia, donde á la vez se corre la *anelleta* ó juego de sortija que bien indica su origen arábigo; y en varias poblaciones de Aragon tiene lugar el domingo de Carnaval lo que conocen con el nombre de la *gatada*, para lo cual cuelgan á una cuerda sujeta á dos balcones un gato por la cola, al que los jóvenes pasando á escape por debajo deben descargar un puñetazo. Bien se deja conocer cómo quedarán las manos de los mozos que tal intentan. Sin embargo, ellos dicen que se divierten y nada les importa los sangrientos y frecuentes surcos que las uñas del gato dibujan en sus manos, puesto que generalmente suelen ahogar con el vino de sus meriendas el escozor de los arañazos y aun á veces paga sus desmanes el iracundo animal convertido en escitante *cochifrito*.

Dejamos en el olvido, pues no merecen, en verdad, los honores de la narración algunas otras costumbres, tales como la de arrojar agua á tiempo que saluda á la cabeza del atento transeunte, dejar caer de golpe un gran saco lleno de cascajo, pero sujeto á un cordel desde una ver-

tana para que los que pasan salten al arroyo creyendo que les viene encima el alero de un tejado, ó un saco de arena con el que le apabullan el sombrero; y tantas otras mal llamadas zumbas, cuya gracia, en verdad, confesamos nunca hemos podido comprender.

En algunos pueblos de Galicia, sin embargo, la costumbre del *antroido* ofrece cierto carácter de originalidad que bien merece la dediquemos algunas líneas. Simbolizando al Carnaval visten una figura de trapos y carton con abigarrado traje, á la cual dan el nombre de *antroido* ó *antrojo*, y despues de pasearla por las calles el domingo y lunes, el martes celebran su entierro, en cuya ceremonia algo análoga al madrileño *entierro de la sardina*, se predica un *sermon* burlesco en que se ridiculiza lo que ha habido digno de ello en la ciudad á juicio del popular *predicador*, durante el año precedente. A veces esta ceremonia aumenta en interés para la muchedumbre, pues agregan al *antroido* cual si fuera su esposa, otra figura vestida de mujer con gran vientre para decirse encuentra embarazada, ficción que termina por suponer que da á luz un *antroidillo*, que tambien muestran al público en un muñeco vestido á imitación del padre, y que se dice es el *antroido* del año siguiente. El *predicador* designa el padrino, que siempre es una de las principales personas de la población, y entre gritos, sonidos de cencerros, cuernos y caracolas, y las voces del orador que remeda ayudarle á bien morir, termina en efímera existencia aquella familia de trapo consumida por las llamas de una estera hoguera.

En nuestra querida capital, en la villa del oso y el madroño, bien conocidas son las poco características costumbres del Carnaval, excepto el famoso *entierro de la sardina* á que nos hemos referido poco hace. Pero descritas las escenas populares á que tan inveterada costumbre da origen, por la bien cortada pluma del *curioso parlante*, no seremos nosotros los que osados tratemos de trazar el bosquejo de un cuadro que con mano tan maestra supo componer dicho escritor. (2)

Despues de leer su animada descripción, las oportunas calificaciones con que hábilmente caracteriza á los múltiples actores del popular entierro, la enumeración de sus *coros de doncellas, mancebos é inocentes* y de admirar el movimiento y vida que por todas partes se advierte en su precioso cuadro, solo nos resta abandonar la pluma en justo tributo de respeto. hácia uno de nuestros primeros escritores de costumbres.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

III.

Grecia: al recordar tan solo que vamos á describir las riquezas literarias y artísticas de ese mágico país immortalizado por Homero; de ese país encantador, donde el eco repite aun las épicas melodías del cantor de los Troyanos, la pluma tiembla en nuestras manos, porque solo puede despedir pálidos reflejos, tímidos acentos, mas confusos cada vez é imperceptibles, al sentir la vibrante arpa del gran vate latino.

¿Y cómo no ha de temblar al cantar las obras de esos privilegiados seres, que se remontan en alas del genio, rasgan como el águila la matizada gasa que vela las nubes y penetran hasta la region purísima del cielo para trasmitirnos despues los sorprendentes panoramas que desde allí divisan? ¿Y cómo hablar sin temor y sin respeto de esos seres mimados de las musas que elevando á Dios su inspiración, saben reproducirnos en mil concepciones é ideas, reducidas á formas, las maravillas y grandezas del Supremo artista; de ese artista Omnipotente, inimitable, incomprensible, á quien procuran acercarnos y ante cuya presencia desean conducirnos?

Pero si todo esto siente el corazón conmovido al hablar de los artistas, de los poetas, de esos etéreos orfeos que forman parte de la olímpica orquesta, ¿qué no sentirá el alma elevada y noble al hablar de la patria madre del arte que amamantó estos seres?

Grecia: no creais ver aquí el arte material, panteísta, esclavo, del Oriente, con sus obeliscos y pirámides y sus monolitos informes, como si quisieran remedar con sus imponentes masas los graníticos titanes de las montañas primitivas, no: estas, como aquellos, solo describen con sus rozagantes faldas la triste cárcel en que ha de vivir el pensamiento; estas, como aquellos, no son otra cosa que una simple imitación, un plagio de las obras del Gran Maestro: en el Oriente no hallareis otra cosa que el materialista panteísmo, en cuyo seno yace ahogado el sentimiento de lo bello; ese soplo divino, que llamáis inspiración: en el Oriente solo hallareis el arte dormido en su primera cuna: la inmovilidad, el silencio, la muerte, respira solo allí, como aquí la vida, el progreso, el genio.—Oriente es la esclavitud del espíritu, el absolutismo; Grecia, la libertad.

Para conocer la Grecia, es preciso que la imaginación tome primero un raudo vuelo, desde los tropicales paisajes, do el fuego tiende á separar las moléculas combinadas.

(2) Véase el tomo IV del *Semanario Pintoresco Español*, correspondiente al año 1839, pág. 51.

(1) Artículo anónimo publicado en el *Semanario Pintoresco* de 1841.

das de la materia, hasta las regiones polares, do parece todo inerte, dormido, por la ausencia del calor, y remontándose á la region etérea del sublime artista, tienda su vista de águila desde aquellas primitivas tribus de las roidas márgenes del Eufrates y del Tigris, hasta las del grandioso Nilo, del Tíber ó del Borístenes, del Eurotas ó del Amazonas; es preciso ver primero, cómo se trasforman paulatinamente y al través de los siglos aquellas miserables cabañas en ciudades tan colosales como Babilonia, Menfis, Palmira, Jerusalem, Atenas, para oír despues la orgullosa voz de los egipcios, que dice al mundo:—¿Poneis en duda los progresos de nuestros conocimientos?—Ahí teneis nuestros sacerdotes, modelos de ciencia; nuestras pirámides, símbolo del arte; nuestras Menfis y Thebas con sus cien puertas; nuestros obeliscos y canales, y nuestros Necas y Sesostris, inmortalizados por el genio de nuestros artistas. —Es preciso, decimos, que suceda todo esto, para pasar á la Grecia de Pericles y Alejandro, que les contesta victoriosa:—Vuestras artes y vuestras ciencias solo han vivido en la infancia. ¿Pueden competir vuestros sabios con nuestros Sócrates, Aristóteles ó Platones? ¿Dónde están vuestros genios, que puedan igualar á un Apeles? ¿Son vuestros héroes como Milciades, Temistocles ó Epaminondas? ¿Habeis tenido un Homero? Anacreonte, Safo, Simónides, Tirteo, Píndaro, Esquilo, Aristófanes, Eurípides, ¿no os entusiasman ó enternecen? ¿Teneis oradores? ¿Dónde está ese Gorgias, que haya abierto la primera escuela de retórica? ¿Dónde, vuestros Lisias, Isócrates y Demóstenes, Demades, Dinarcos y Licurgos? ¿Y el grande Hipócrates, que vivirá enseñando á las futuras generaciones?

No son estas, sin embargo, las únicas joyas de la Grecia;—continúan los helenos:—Herodoto de Halicarnasio, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Teofastro, son otras tantas lumbreras, que nos harán brillar en la posteridad entre las tinieblas y el silencio de vuestro pantenteismo.

Peró, si esto no os bastara, ahí teneis esa gran epopeya de piedra, enriquecida con los armoniosos detalles de la estatuaria; ahí teneis nuestra Arquitectura hecha arte, sublime, como las ilíadas, de imitación y copia que era entre vosotros. Desde que Dibutades de Corinto nos regaló la escultura plástica, se levantó el Partenon, el Teso y los imperecederos campos de la Morea quedaron convertidos en ricos modelos, que nuestros sucesores tomarán para fundar el esilo, que se dirá *greco-romano*.

En fin, no es posible trazar en un ligero artículo los fantásticos diseños del arte, que la Grecia encierra en sus venerandas ruinas; pero, si podemos decir, que la Arquitectura llegó en Grecia á su mayor grado de esplendor; que extendió su benéfica influencia á las ciencias y las artes, y que para recordar su dominio científico basta citar tres grandes épocas; los siglos de Pericles y Alejandro y el brillante y próspero de Augusto.

Veid como la arquitectura va derramando sobre los pueblos el fuego creador, el sentimiento de lo sublime, esa fecunda savia de la civilización progresiva, que nace en el materialismo, pasa á la idealización y muere en el cristianismo, en la evaporación del alma á la region de la inmortalidad.

No lo dudeis; la Arquitectura es la reina de las artes. La Arquitectura es á la civilización primitiva lo que á la moderna es la imprenta. No es nuestra esta idea; otro escritor de gran talento la ha consignado en un precioso libro hace algunos años; empero esto no podrá privarnos de que la reproduzcamos aquí como un eterno axioma.

Si la Arquitectura oriental despertó en el sentimiento humano la tendencia al perfeccionamiento: del geroglífico pasó al símbolo, hizo comprender al hombre la necesidad de dar formas á sus conceptos, de sujetar al molde las evaporaciones de su espíritu: necesitaba la escultura y la pintura, y eligió un país que se prestara al efecto; tan poético, como el núnem del artista, tan bello, como las preciosidades con que iba á enriquecernos, tan libre, como el primer albor del genio que centelleaba en el mundo.

Grecia fue la primera Maguncia del pensamiento; el primer arquitecto, el Guttemberg primitivo; la Arquitectura, el vivísimo primer destello que iluminó el caos de la inteligencia humana.

Grecia fue combinando las letras, sembradas por las tribus y los párias del Oriente y del Egipto; formáronse palabras, y se imprimieron páginas, para recopilar las tradiciones de los fenicios, de los árabes, de los egipcios.

A medida que la Arquitectura fue amamantando sus inseparables y queridas hijas, la Escultura y la Pintura, y se verificó el triple consorcio, la civilización fue extendiendo su rápido vuelo. Es decir, al peulvan céltico, las piedras vacilantes y los túmulos, sucedieron, como obra del tiempo, los magníficos y grandiosos templos de Atenas y de Roma; el de Juno, el de Apolo, el de Diana en Efeso, el de Corinto, el Segesta griego con su peristilo de treinta y seis columnas; el Theseo, el Partenon, las Basílicas, el de Vesta en Tívoli, el memorable arco de Trajano, el anfiteatro de Flavio en Roma, el de Pola y otros.

Mas claro: las ilíadas no cantaban aun en las páginas de pórvido; no se habian trasformado en catedrales.

Empero cantaron. Dibutades de Corinto las regaló, como decimos antes, la escultura plástica; fijaron los griegos sus reglas en sus tres órdenes; brilló el templo de Júpiter Olímpico; escribióse en ellas el lujoso capitel corintio; dibujó Apolonio sus secciones cónicas; trazó Pitágoras su aritmética tabla: Scopas, Timoteo, Leochares, Brixias y Pithio erigieron el mausoleo, ese suntuoso sepulcro del Halicarnaso, esa maravilla del mundo, que hizo esclamar al filósofo Anaxágoras:—«he aquí un gran tesoro de plata convertido en piedra.»—y entre los grandes ingenios que cooperaron á aumentar el extraordinario progreso de las artes, progreso, que mas tarde, bajo el memorable reinado de Alejandro el Grande, habia de elevarse en Grecia á su mayor grado de esplendor, levántase el grande Fídias con su inimitable cincel para producir tambien otra de las maravillas del mundo.

Fídias, sí; ese admirable genio, que hermanó las proporciones de la belleza con las formas; el celeberrimo autor de la colosal estatua de Júpiter Olímpico; el precursor de Apeles, de Timantes de Sicione, de Parrasio, de Zeuxis, de Filon, de Favio, de Lisipo, de Praxiteles, del autor del *Coloso de Rodas* y del grande Arquímedes.

Oid al inmortal Chateaubriand, al esparcir su mirada sobre el Acrópolis y los restos del Partenon: «Las esculturas de Fídias, heridas horizontalmente por un rayo de oro, se an maban y parecian bullir sobre el mármol, por la movilidad de las sombras del relieve.»

Tenemos, pues, á la Arquitectura, reflejando primero la naturaleza, la belleza humana despues, y por último el espíritu; tres medios distintos de manifestación divididos en tres secciones, que entonces formaban una sola, la Arquitectura.

Ya veis: todo el que nacia poeta se hacia arquitecto, como dice Victor-Hugo; y aun podemos añadir: pintor escultor, músico, poeta,—para decirlo de una vez,—artista, arquitecto en la antigüedad.

La Arquitectura era el único medio que el hombre tenia para emitir el pensamiento, libre y puro, como las perfumadas auras del bosque á cuyo impulso se mecen las madre selvas y verbenas. Era el único medio, decimos, de reflejar el genio del hombre; ora tallando en la viva roca estatuas disformes y gigantescas columnas, ora modelando y dando formas á la cenagosa arcilla, ora poetizando los toscos leños, ora pulimentando los ricos mármoles.

Peró la Grecia es la patria privilegiada, donde floreció la Arquitectura como arte; es la nacarada cuna donde durmieron los genios del sueño de la inspiración; es el luminoso foco de la estética, que ha de despedir vivificadoras ráfagas de perene luz, cuyos primeros albores se divisaron ya en lontananza en la pagoda de Eklinga y en el Rhamescion de Egipto, y que vive y vivará esplendente en las Sibilas de Delfos, en esas divinidades del paganismo, que hasta los sabios admiraban, consultando como al Dios-oráculo su felicidad y porvenir.

MANUEL NIEVES DE LA VEGA.

SANTA MARIA DEL MAR EN BARCELONA.

I.

Sino tan espléndidos como en las antiguas córtes castellanas, la edad media ha dejado en la ciudad de los Condes monumentos insignes, que constituyen una buena página para la historia del arte en nuestro país.

Donosa, aunque reducida al principio, en situación amenísima, á orillas del mar que lame sus plantas, entre campos de verdura que le atribuyen su abundancia, al pié de un cerro que la resguarda, y tendida al vivífico calor del mediodía, la ciudad de Amílcar ofreció siempre grata residencia á los náutas griegos y africanos, á los patricios de Roma, á los leudos de Ataulfo, á los barones de Ludovico, á los magnates de todos los países y á los monarcas de todos los tiempos.

Por eso así el romano como el godo, el rey bárbaro como el príncipe cristiano, la enriquecieron á porfía, elevando en su recinto templos y alcázares que mas ó menos conservados permanecen en gran parte, siendo aun testimonio vivo de la añeja importancia de nuestra capital, la segunda de España, y otra de las reinas del Mediterráneo.

De sus primeros tiempos no han quedado mas rastros que algunas reliquias de fortificación; en cambio á los emperadores Claudio, Augusto y otros que se complacieron en ella honrándola con los dictados de *Faventia*, *Julia*, *Augusta*, *Pia*, debe una vasta línea de murallas torreadas, en parte visibles; entre muchos templos uno grandioso, períptero, del que permanecen las columnas llamadas de *Paradís*, y el otro consagrado á Neptuno, cuyo pavimento de mosaico adorna casi entero la iglesia de San Miguel; una cloaca máxima que todavía sirve para su destino; un anfiteatro representado cerca de la calle de la Boquería por alguna de sus puertas *vomitórias*, y no há muchos años guardaba casi ilesos dos establecimientos de baños ó termas.

Los godos y los árabes, ya por lo breve de su gobierno, ya por los estragos durante él padecidos, no dejaron memoria ostensible; sin embargo, ciertos paredones re-

cien abatidos en las bajadas de la Cárcel y del Regomir, segun tradicion asaz fundada, correspondian á los palacios que allí tuvieron los Salomones y Borreles y los walios y muzlimitas.

Tambien el arte cristiano de los primeros siglos legó á Barcelona cinco representaciones curiosas en las iglesias de San Pedro San Pablo y antigua de San Miguel, y en las capillas denominadas de *Marcús* y de las *Virgenes*, y (hoy Santa Lucía, en la catedral), todas actualmente consagradas al culto, siendo notables por su aspecto vetustísimo, la concentra a *cella*, el claustro misterioso de las dos primeras y el simbólico fronton de la segunda. Por desgracia los mejores monumentos de aquella época, huyeron bajo sucesivas reconstrucciones; y este destino cupo á las basílicas de *Santa Cruz*, de los *Mártires* y de *Santa Maria de las Arenas* (ahora catedral, San Justo y Santa Maria del Mar).

II.

Sabido es que la piedad de los fieles primitivos, al acabar las persecuciones y cimentarse la religion, elevó aras sobre las tumbas de los mártires, fabricando con ardor santo iglesias al Dios Crucificado, en el mismo suelo que por amor suyo regara una sangre generosa. La metrópoli de Cataluña, egregia siempre en religiosidad y contando por hija una ilustre Virgen sacrificada espontáneamente á las iras de Daciano, no podia menos, siguiendo tan loable costumbre, de honrar la memoria de la que en todos tiempos ha sido su eficaz patrona y valedora. Por eso, en la playa marítima, á corta distancia del muro, quizá en el mismo sitio donde la cándida paloma voló al cielo, vióse desde el siglo III ó IV una humilde capilla, á la cual durante seis centurias se agolpó le muchedumbre para besar el sepulcro é implorar en sus necesidades el auxilio de la gran taumaturga catalana. Servida en su origen por los monjes agustinos, que bajo el gobierno del abad Quirico tuvieron en ella su primera residencia, durante la invasión de los sarracenos perdió su gala mejor pues entonces algunas personas celosas, temiendo sin duda una profanación, ocultaron el cuerpo de la santa, de tal manera que se borró la memoria del sitio, no volviendo á parecer hasta un siglo y medio despues, cuando el obispo Frodocino, á fuerza de diligencias logró descubrirlo en el año 878, dentro de la misma capilla, para hacerlo trasladar luego á la Seo, donde se le hizo un soberbio enterramiento.

Careciendo la ermita de objeto y habiendo ademas aumentado el vecindario, hácia el año 1000, el obispo Aecio dió licencia para erigir en su local una basílica dedicada á Nuestra Señora, que los feligreses dueños del terreno costearon, siendo vulgarmente por su situación designada con el nombre de Santa Maria de las Arenas. Ministraron á algun tiempo los dichos agustinos, aunque ya no residian en ella sino en el vecino templo de *Santa Eulalia del Campo*, que se les cedió en junio de 1153; y aunque reducido y probablemente de importancia escasa, subsistió unos tres siglos á poca distancia del área de la actual iglesia en el promedio de las calles de la *Espaderia* y *Fosar* ú osario de las *Moreras*, que debió de ser su cementerio, conforme los tenia en su dependencia cada parroquia. Creciendo empero de dia en dia las necesidades de la población, y habiéndose acumulado por aquel lado lo mejor de ella en nobleza y comercio, á principios del siglo XIV era ya escasa la pobre basílica para los muchos fieles concurrentes, y se determinó la construcción de un templo mas digno y proporcionado.

Llegado habia entonces Barcelona al apogeo de su grandeza: famosa por todo el orbe, sus reyes hacian tratados y alianzas hasta con los soldanes de Egipto; sus leyes regian en muchos de los países civilizados; sus náves surcaban mares ignotos; sus hijos conquistaban lejanas tierras, y su gobierno era á la vez un modelo de autocracia moderada y de ilustrada democracia municipal. ¡Qué mucho rebosase la vida en los barrios orientales, allegados á la marina, donde incensantemente daban al aire sus gallardetes cien y cien galeras, baluartes de su pujanza, vehículos de su riqueza, á un tiempo castillos y almacenes flotantes que así debelaban en los combates el poder rival de Génova y Venecia, como durante la paz cambiaban en todas las playas los artículos de su comercio y los productos de su industria!

De esta hermosa época datan los monumentos ojivales que son la gala de nuestra ciudad, y que segun al principio digimos pueden formar una historia cumplida de su fase monumental en la edad media. Entre cincuenta ó mas iglesias que reúne ó reunia hace poco, veinte á lo menos pertenecen al estilo llamado gótico, durante sus varias modificaciones, desde la transición bizantina en el siglo XII hasta la del renacimiento en el siglo XVI (1). Posee asimismo del propio estilo, un palacio, el real de

(1) Sin contar los templos puramente bizantinos ya enunciados, encierra Barcelona: del siglo XII y de la transición bizantino gótica, las iglesias Catedral y de Santa Ana; del siglo XIII lo mas de la catedral, parte de San Juan, Junqueras, Capilla Real de Santa Agueda, y Cármen, en ruina; del XIV Santa Maria del Mar, idem del Pino, San Justo, Magdalenas, y la portada y algunas bóvedas de la Trinidad; del XV Monte Sion, San Antonio Abad, Jerusalem y Gerónimas; de San Matias; y del siglo XVI con transición al renacimiento, los monasterios de Santa Isabel y de los Angeles, y las capillas de San Sebastian y del Palao. Antes de la actual centuria del siglo XIII perdió la iglesia de Santa Clara y la capilla de Santa Madrona, y del XIV los monasterios de San Agustín y Montealegre, y en lo que va de ella ha debido llorar la celebrada iglesia de San Jaime del siglo XII y su

Santa Clara (ahora convento de monjas), (2) cinco edificios ó establecimientos civiles: el consistorio, la Casa-Diputación, la Lonja (reducida su parte antigua al elegantísimo salón del piso bajo), la Hoya (ahora palacio de S. M., modernizado) y el hospital de Santa Cruz (desfigurado por adiciones modernas). Góticas son también algunas bóvedas de la Atarazana, una que otra casa de

vista que lleva su nombre. Una grandiosa ojiva de arcos concéntricos en degradación ábrese en mitad de su cuerpo algo saliente, coronada por un remate triangular de delicado encaje, flanqueado por una lonja aparente de galerías lancetadas, y descansando en un estribo de arcos del mismo gusto, que festonean toda su base. En el tímpano hay la imagen del Salvador en ademán de dar

yar el edificio á uno y otro lado; ábrese una grandiosa rosácea, magnífica flor arquitectónica donde la finura del calado, compite con el gusto de sus prolijas irradiaciones. A ser cierto, según fama, que en el año 1428 vino abajo gran parte de ella por efecto de un terremoto, su reparación honra tanto al que la hizo como al que la dispuso, y puede servir de ejemplo á aquellos innovadores osados que no vacilan en adular obras magníficas con sus bastardas adiciones, como en mal hora hicieron en esta misma iglesia, según veremos luego.

Su interior sin embargo, en nada desdice de lo que su estera apariencia promete. Una doble línea de grandes arcos cintrados, afianzados en diez y seis pilares de planta octógona después de dividir la iglesia con tres naves, circunstancia que ella sola comparte con la catedral, corre á reunirse en torno del presbiterio formando allí una vistosa arandela de arcadillas, cobijadas á guisa de doselete por una bóveda altísima, en cuyos huecos, al través de sus cruzadas aristas, algunos rosetones se desperditan con dudosa luz. Treinta y dos capillas ciñen ambas naves laterales, á razón de tres por cada crujía del abovedado, todas ellas esbeltas, de puro angostas y prolongadas, y en los entre-paños hasta la cimbra de las arcadas mayores, sendos ventanales irradian bajo el prisma de sus matizadas vidrieras.

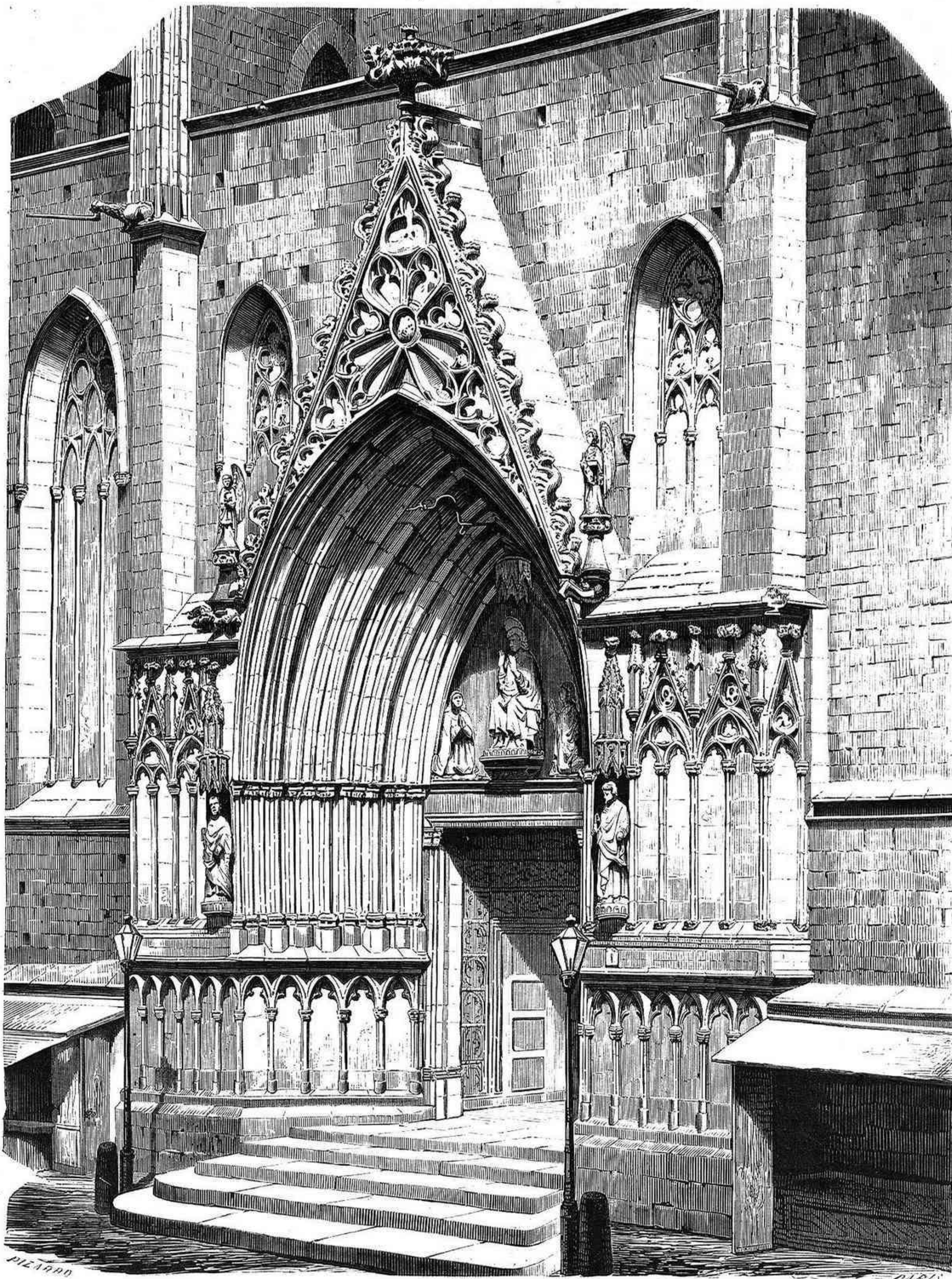
«Esta soberbia y grandiosa obra, como dijo el célebre Capmany cuando aun no se apreciaba todo el mérito del estilo ojival, encierra en su forma arquitectónica cuanto puede haber de atrevido, elegante y ligero en el orden gótico;» y en otro paraje añadió: «la obra de Santa María del Mar fue empezada sobre un plan mas atrevido, mas ligero y mas gallardo que el de la catedral, en cuya ejecución compiten la gentileza gótica con la ingeniosa y feliz ciencia del arquitecto: de suerte que en ambos templos, diferentes en la estructura, dimensiones, y distribución de las partes, siendo una misma la forma y estilo arquitectónico, no acierta el espectador inteligente á cuál dar la preferencia; porque si en el primero halla mas en qué contentarse la razón, en el segundo la imaginación tiene mas en qué cebarse. En fin, son fábricas que deben juzgarse, no por las descripciones y relaciones, sino por la vista, esto es, por los efectos que dejan en el ánimo del espectador.»

Todo, realmente en su recinto es sublime y solemnisimo; todos los recursos del arte cristiano por excelencia, su mágica, sus armonías, su simbolismo, campean en estas iglesias con las proporciones mas felices, con los contrastes mas oportunos, con los efectos mejor calculados. Si sobre la tierra puede haber albergue digno de la magestad de un Dios, en esas y otras obras semejantes, hijas de un época de creencias, debidas á la fe de todo un pueblo, producto de una verdadera inspiración religiosa, es donde se ha de buscar aquella atmósfera de placida beatitud que parece cernerse sobre el santuario, para atraer con dulces afectos los corazones, mas que aterrar las conciencias con su magestad, ejerciendo sobre el espíritu una fascinación que en ninguna otra parte se siente.

En ellas todo va subordinado á una idea matriz: base, planta, distribución, accesorios, hasta los medios decorativos no son sino partes genuinas de un plan fundamental. Por eso nada ahoga el pensamiento religioso; nada está fuera de su lugar; y desde la primera grada hasta la última aguja, en cada piedra puede leerse el símbolo del cristianismo.

IV.

Desgraciadamente para los sagrados templos de la edad media, la crasa ignorancia de los tiempos barrocos debía profanarlos en su mayor parte. El de Santa María no logró escapar de tamaña calamidad: también á su vez lo cargaron de adiosos, tanto mas ridículos y absurdos, cuanto mas contrastan con la severidad de sus masas ar-



PORTADA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL MAR EN BARCELONA.

las calles mas feas, la puerta de Santa Madrona, arcadas, ventanas y otros restos de menos importancia.

III.

Ciñéndonos por hoy á la iglesia de Santa María del Mar, con justo motivo debemos consagrarle nuestra admiración, siendo como es una de las mejores en su línea, y sin duda la mas acabada de cuantas hermocean á Barcelona. Sombria aunque airoísima descuello su masa por entre apiñado caserío, y no menos arrogante se alza su portada, si bien con harto ahogo, en la plazuela de poca

pórtico del XIV y los preciosísimos conventos de San Francisco de Asís y Santa Catalina siglos XIII y XIV, incendiados en el año 1853 y derribados después.

(2) Se han derribado también friamente y á nuestra vista, el antiquísimo de Valldaura y el curiosísimo del Palao.

la paz al mundo, sentado entre dos bultos de la Virgen y de San Juan, que de hinojos oran á sus piés; además, cobijadas por sendos doseletes, flanquean la ojiva por derecha é izquierda las imágenes de San Pedro y San Pablo, graves, severas, de buen modelo y excelentes paños, aunque plásticamente enjutas y simétricas, como no puede menos de argüirse conocido el atraso de la escultura en la época de su construcción. Colman esta decoración elegantísima un gran florón en la cúspide de su coronamiento triangular, y dos vigilantes angelillos puestos en las conjunciones de la ojiva con los vértices del triángulo.

Por cima de todo, entre robustos jambages, haciendo juego con ventanales parejos y llenando oportunamente la sección superior y asaz desnuda de la fachada, si bien el conjunto de ella encuadra con buen efecto entre dos ligerísimas torres de reloj y campanas que remedan apo-

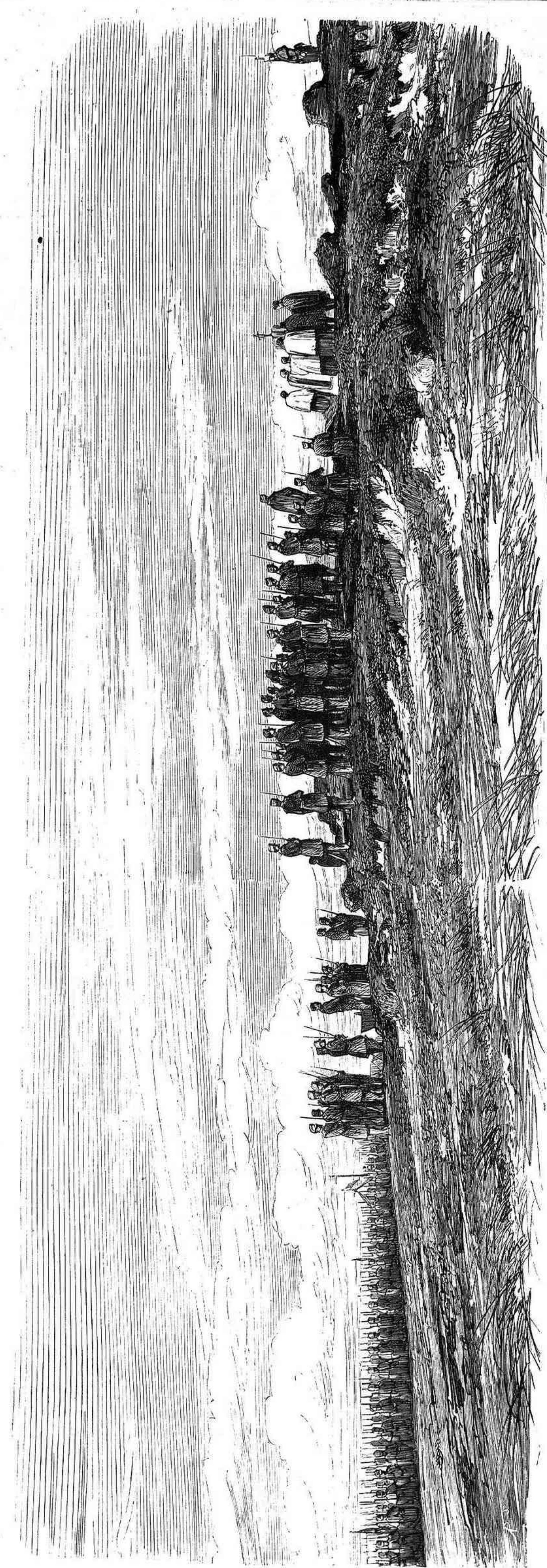
quitectónicas, siendo tal la *razza*, que ninguno de los objetos susceptibles de moverse ó arrancarse fue respetado, á trueco de ceder la plaza á mil garambainas del todo ajenas al carácter del edificio y aun á la dignidad del culto. Una sola escepcion honrosa debemos hacer en favor de las bien labradas arañas de cobre que un artífice, por eso solo digno de eterna fama, llamado Francisco Duran, trabajó á fines del siglo pasado con el primor de los mejores de la edad media. Por lo demás, altares, púlpitos, tribunas, órganos, verjas, barandillas, lámparas, candelabros, todo es de pésima hechura, ruin, desacertado y estrambótico; y lo peor es que en esos *pastichos* se invirtieron crecidas sumas, singularmente en la obra del altar mayor que es casi todo de varios mármoles, y costó 110,000 libras catalanas (unos 58,500 reales), habiéndose empleado no menos de once años en su disparatada construcción.

La de la iglesia data del 1329, en que se colocó su primera piedra, segun acta que obra en el archivo de la parroquia, y á mayor abundamiento lo pregonan dos lápidas fijadas al lado de la puerta lateral del mediodía (3). Del propio archivo consta que la obra se hizo mediante la piedad y devoción de los parroquianos; prueba notoria de su esmero religioso, y de la riqueza que alcanzaban en aquel brillante período de las glorias de Barcelona. Mas adelante el rey don Pedro IV coadyuvó á la fábrica cediendo cuanta piedra se necesitase de las canteras de Monjuich, amen de algunos socorros pecuniarios suministrados por la diputacion provincial. Tambien el premio de faquines se distinguió particularmente, conduciendo los materiales sin estipendio, y en memoria de ello, como testimonio de gratitud, se esculpieron en la puerta mayor dos figuritas que los representan y se conservan aun.

Lentamente siguió la obra por espacio de cincuenta y cuatro años, pues que la última bóveda no se cerró hasta el día 3 de noviembre de 1383, á tenor de una indicacion de Bruniquer registrada en el archivo municipal; pero es de creer la paralizaria algun tanto el infausto suceso de la noche del 26 de diciembre 1378, en que por efecto sin duda de la aglomeracion de materiales, se incendiaron la sacristia, el altar mayor, el coro y parte de las bóvedas, segun así resulta de unas cartas que el citado rey escribió pidiendo por ello socorros á los cardenales de Pamplona, Albania y Aragon.

Semejante lentitud en la obra, corroborase tambien por una observacion arquitectónica no sin interés: al paso que la entrada meridional, primera que indudablemente se construyó, así como la principal y la del Norte, corresponden al gótico primario, dicho *lancetado*; la oriental ó posterior es del gótico secundario ó *radiante*, separado de aquel casi un siglo. Este pormenor revela además el curso y el estado del arte en Cataluña, ó sea en el reino de Aragon, donde por él hallamos vigente á mediados del siglo XIV, un carácter del estilo que en otros

(3) La una está en catalan, y dice: «En nom de la Santa Trinitat á honor de Madona Santa Maria fo començada la obra d'aquesta Esgleya lo dia de Sancta Maria de Mars en lany M.C.C.C.XXXVIII, regnant Nafos Alfonso IV de Aragon per la gracia de Deu Rey de Arago que conquis lo regne de Serdenya.» — La otra es latina, así concebida: «In nomine Domini nostri Jesu-Christi ad honorem Sancte Marie fuit inceptum opus fabricae Ecclesiae Beate Marie de mari, die Anunciationis ejusdem, VII Kal. aprilis anno Domini M.C.C.C.XXVIII.»



CELEBRACION DE LA MISA EN EL CAMPAMENTO DEL EJERCITO DE AFRICA, SACADO EN FOTOGRAFIA EN EL MOMENTO DE PRINCIPIAR A CELEBRARSE.

países, inclusa la vecina Francia, espiró con el siglo decimotercero.

J. PUIGGARÍ.

Justamente absorbida, como lo está en estos momentos, la atención pública, por todo cuanto se relaciona con el imperio de Marruecos, brillante teatro de nuestras glorias militares, creemos complacer á nuestros lectores, publicando la curiosa, cumplida y exacta descripción que bajo todos los puntos de vista que pueden escitar algun interés, hizo, á últimos del pasado siglo, el doctor inglés, Lemprieres. Llamado este facultativo por el sultan, para que se encargara de la curacion de su hijo predilecto, tuvo naturalmente, para ejercitar su genio observador y reflexivo, ocasiones que á los demás hombres son negadas en los países sometidos al Coran, en los cuales el retraimiento y la falta de espontaneidad, privan al viajero de circunstancias oportunas para descender al examen de la vida doméstica, que es precisamente donde mas fielmente se reflejan las costumbres y la fisonomía moral de los pueblos. Habiendo hallado, pues, el médico británico, en razon de su profesion mas medios para estudiar bajo diferentes aspectos el Imperio marroquí, su descripción detallada al par que fiel de este país, cuyo exacto conocimiento tanto importa hoy á nuestra patria, parecemos satisfacer la viva curiosidad que hoy escita todo lo que se refiere á una region donde quizá se cifran los destinos de España.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

Hay algunos países cuya fisonomía, costumbres y usos han variado tan poco desde fines del último siglo, que los viajeros que entonces los visitaron, no hallarian en ellos el mas pequeño cambio, si se exceptúan los estragos que la muerte ha ocasionado en la poblacion, y que ha venido á reparar el nacimiento de nuevas generaciones, si hoy pudiesen recorrerlos de nuevo. Comparando las relaciones de los viajeros que en nuestra época han visitado el Imperio marroquí, con la que vamos á dar á conocer, hemos advertido tal identidad en los hechos, que no parece sino que la del doctor Lemprieres está escrita ayer.

El médico inglés cuyos pasos vamos á seguir por países ignorados aun, en la época en que los describía, imprimió á sus descripciones un sello tan marcado de observacion, que da á su viaje un mérito particular y un gran interés.

A fines de 1789, el cónsul inglés en Tánger pidió al general Ohara, gobernador de Gibraltar, un médico inglés buen práctico, para Muley-Absulem (1), hijo predilecto del emperador de Marruecos, que se hallaba en gran peligro de perder la vista.

Muley-Absulem, cuyos ojos estaban en el estado mas triste, habíase resuelto á confiarse á los cuidados de un médico europeo, de quien se prometia mas alivio que de los esculapios mahometanos que le rodeaban. Habia pro-

(1) Muley es una denominacion genérica, que significa príncipe.

metido recompensas con esplendor al facultativo que le curase; sus gastos debían correr por cuenta del emperador, y tener á su disposición para su seguridad personal, un destacamento de soldados moros destinados á servirle de escolta durante el viaje. Muley-Absulem añadía á todo esto la promesa de restituir la libertad, en manos del médico que emprendiese su curación, á muchos cristianos cautivos que sucumbían al peso de sus cadenas. Entre estos desgraciados contábase un capitán inglés y nueve marineros de su buque, que habían tenido el infortunio de encallar en la costa de Africa, en la parte habitada por los árabes nómades y semi-salvajes.

Favorablemente prevenido (como acontece á la mayor parte de los hombres), hácia las personas de elevada jerarquía, y especialmente impelido por esa ávida curiosidad tan natural en la juventud, el médico inglés Lemprieres se decidió sin esfuerzo á emprender un viaje que le facilitaba la ocasión de ver un país generalmente poco conocido entonces por los europeos.

Fijado ya el día de su marcha, y no necesitando grandes preparativos el equipaje de un hombre acostumbrado á viajar militarmente, hallóse en breve en disposición de partir. Hízose, pues, á la vela en Gibraltar el 14 de setiembre de 1789, á bordo de una pequeña embarcación que en seis horas le trasladó á Tánger, donde ya le esperaba el cónsul M. Matra.

No tardó Lemprieres en saber que Muley-Absulem, á quien iba á prestar los auxilios de su ciencia, se hallaba, por orden de su padre, al frente de un ejército en las montañas que separan la ciudad de Marruecos de la de Tarudante. Esta circunstancia le obligó á permanecer en Tánger, hasta el regreso del príncipe á Tarudante, punto de su habitual residencia.

No carece de interés el conocimiento de lo que en otro tiempo había sido la ciudad de Tánger, y lo que era en la época en que escribía Lemprieres.

Intercalaremos, pues, aquí lo que de ella decía en 1536, Leon de Lyon, que la había visitado, conservando la sencillez del antiguo lenguaje, en que está escrita esta descripción retrospectiva, en la que se encuentran algunos hechos históricos interesantes.

«Tangia es conocida por los portugueses con el nombre de Tangiara: es una gran ciudad edificada muy de antiguo, según el erróneo juicio de algunos historiadores, por un personaje llamado Sedded, hijo de Had, que, según dicen, dominó y gobernó todo el universo, por cuyo medio concibió el proyecto de hacer edificar una ciudad magnífica y semejante al Paraíso terrenal. Y materializándose firme en su propósito, hizo levantar las murallas y cubrir las casas de oro y plata, enviando por todas partes comisionados que recibiesen los tributos. Pero los historiadores verídicos opinan que los romanos la fundaron en la época en que subyugaron á Granada. Distanto del estrecho de las columnas de Hércules treinta millas, y ciento cincuenta de Fez, de lo que mas adelante se posesionaron los godos, dicha ciudad fue agregada al dominio de Sebta (Ceuta), hasta que los mahometanos se apoderaron de ella, lo cual ocurrió por el tiempo en que sometieron á su yugo á Arcilla.

«En todo tiempo se mostró esta ciudad civil, noble y bien habitada, mostrándose además embellecida con la soberbia estructura de suntuosos palacios, tanto antiguos como modernos. Su terreno no es de lo mas á propósito para la agricultura; pero tiene algunos valles inmediatos regados por las aguas de una fuente perenne, y allí se estienden muchos vergeles que producen naranjas, limones, cidras y diferentes especies de frutos. Hay asimismo fuera de la ciudad algunos viñedos; pero el suelo es enteramente arenoso.

«Y los habitantes vivieron con gran pompa y magnificencia hasta que Arcilla fue ocupada; pero habiendo tenido noticia de este suceso, dispusieron vagajes, recogieron los objetos de mas valor, y abandonando la ciudad, huyeron por el camino de Fez.

Entre tanto, el general del rey de Portugal envió á ella un capitán seguido de las correspondientes fuerzas, que la retuvo á nombre del rey, el cual envió á un pariente suyo, atendiendo á que es una ciudad importante y próxima á los montes de Guimere, enemigos de los cristianos. Pero antes de caer en poder de los portugueses, lo que tardó en ocurrir cerca de veinte años, el rey envió un numeroso ejército, creyendo no podría ser oportunamente socorrida, con tanto mayor motivo, cuanto que el rey de Fez se hallaba detenido por la guerra en que le había empeñado uno de sus vasallos que se había sublevado y le arrebató la ciudad de Mecnase.

«Pero habiendo hecho treguas con su enemigo, contra la opinión general, envió á uno de sus consejeros, acompañado de considerables fuerzas, con las cuales derrotó la gendarmería de los portugueses, que fueron desechos y experimentaron considerables pérdidas, encontrándose entre los muertos al capitán, á quien hizo meter en una jaula y trasladarlo á Fez, donde fue espuesto en un lugar muy alto á la vista de todos.

«El rey de Portugal que en nada se intimidó por esta primera derrota, volvió á la pelea con otro gran ejército, que fue acariciado y tratado como lo había sido el primero, siendo el resultado una terrible carnicería, aunque los portugueses asaltaron de noche y en masa la ciudad. Pero lo que la fortuna les negó, apoderada de las fuerzas de dos ejércitos, se lo concedió después con un escaso número de soldados y sin efusión de sangre,

según la relación que nos ha sido hecha. Es verdad que en nuestro tiempo, Mahomet, rey de Fez, se propuso apoderarse de Tangia; pero el resultado no correspondió al proyecto, porque los portugueses han mostrado siempre que tienen el corazón grande y fecundo en fuerzas bizarras é invencibles defensas. Esto ocurrió en el año 917 de la Hegira (1507 de nuestra era).»

Pero dejemos ya á Lemprieres hablar á su vez, á una distancia de cerca de tres siglos:

«La ciudad y el fuerte de Tánger formaban en otro tiempo parte de las posesiones extranjeras de la Gran Bretaña. La ciudad estaba entonces bien fortificada, pero cuando los ingleses la abandonaron, en el reinado de Carlos II, desmantelaron sus fortificaciones. De estas no queda sino un reducido fuerte, en bastante buen estado, y situado hácia la estremidad septentrional de la ciudad; actualmente hay también una batería situada en frente de la bahía.»

Hallándose mal defendida esta plaza, Lemprieres tenía por seguro que no podría oponer sino una débil resistencia al enemigo que la atacase.

«La ciudad ocupa un espacio muy reducido, y nada ofrece de particular; está edificada sobre una altura inmediata al mar, y rodeada de una antigua y ruinosa muralla. Sus alrededores están cubiertos de viñedos, y se ven algunos campos sembrados de trigo. Al alejarse de la ciudad, solo se encuentran arenales y montañas incultas y áridas. La situación de Tánger nada tiene de agradable: las casas, que no tienen segundo piso, están por lo general mal construidas y anuncian la miseria. Las paredes están casi todas blanqueadas por fuera, y el pavimento de las habitaciones está formado de tierra batida.

«Los judíos y los moros viven juntos y en buena amistad en Tánger, cosa muy poco comun en Berbería. Esta cordialidad mantiene entre ellos una confianza que no existe en las demás regiones del Imperio. En Tánger, los judíos, en lugar de andar descalzos, como en Marruecos, Tarudante y otras muchas ciudades, no están sujetos á esta humillante costumbre, sino cuando pasan por una calle donde hay una mezquita ó uno de esos edificios llamados santuarios, que los moros respetan de una manera extraordinaria.

«Todos los cónsules extranjeros, á escepcion del de Francia, que tiene su residencia en Salé, viven en Tánger, aunque sus habitantes no son mas civilizados que en las demás ciudades marroquíes. Antes del reinado de Sidi-Mohamet, les estaba permitido establecerse en Tetuan, que es muy preferible á Tánger, especialmente por las risueñas campiñas que la rodean. Una insignificante aventura hizo espulsar á los cristianos de aquella agradable ciudad. Entreteniéndose un europeo en hacer fuego á los pájaros en sus inmediaciones, tuvo la desgracia de herir á una mora, que por casualidad se hallaba en la dirección de su escopeta; habiendo llegado este incidente á oídos del emperador, juró por su barba que ningun cristiano entraría en lo sucesivo en Tetuan. Y como este juramento nunca lo hacen los moros sino en ocasiones solemnes, y el emperador jamás lo quebranta, los cristianos domiciliados en Tetuan viéronse precisados á salir de esta ciudad.

«Las escasas distracciones de que disfrutaban los cónsules en esos países bárbaros, no pueden hacer envidiable su situación; y motivos hay para admirarse de que se encuentren hombres que se resignen á ir allí, lejos de su patria á hacer la vida mas fastidiosa que imaginarse puede, con la esperanza de enriquecerse. Los habitantes no tienen trato alguno con los cónsules, y con frecuencia los tratados firmados por estos en nombre de sus soberanos, son ineficaces para ponerles á cubierto de los insultos á que continuamente se ven espuestos. Les es preciso obedecer á ciegas los caprichos de un déspota que no conoce mas ley que su voluntad; algunas veces les manda presentarse en la corte, y después de haberles obligado á hacer un viaje tan dispendioso como molesto, les despiden sin que les haya sido posible conseguir ventaja alguna para su país; y aun ocurre muchas veces que ignoran por qué se les ha llamado sin necesidad.

«Los cónsules de Inglaterra, Suecia y Dinamarca, han hecho construir casas de campo en las inmediaciones de Tánger, y á ellas van á consolarse de los disgustos con que se les abruma. Allí se ocupan de sus jardines, ó se entretienen con la pesca y sobre todo con la caza, porque la abundancia de esta hace este pasatiempo muy agradable, y no les causa motivo alguno de queja, puesto que ninguna ley relativa á la caza existe en el imperio de Marruecos. Los cónsules reemplazan hasta donde les es posible, los gozes sociales de que se ven privados, con todo género de placeres campestres.

«Al Norte de Tánger, continúa Lemprieres, se ve sobre la costa un castillo medio ruinoso, habitado por el gobernador. El palacio del tesoro imperial sirve de almacén para el carenaje de los buques. En el puerto se construyen galeras para el servicio del emperador, y es sin duda el mejor que hay en sus Estados para esta clase de buques. La bahía es bastante estensa, pero poco segura, cuando el viento de Levante sopla con violencia. El mejor anclaje se halla al Este de la bahía, á distancia de una ó dos millas de la playa, entre la torre redonda y la casa del cónsul de España, que se ve fácilmente desde la bahía.

«En la parte de esta, situada al Mediodía, está la desembocadura del rio en que el emperador hacia antiguamente invernar sus bajeles; pero las arenas han obstruido este rio, y hoy se ve precisado á enviar sus buques á Larache. Muchos rios de los Estados de Marruecos, navegables en otro tiempo y á propósito para servir de abrigo á aquellos, se hallan igualmente de tal manera cegados en su desembocadura por las arenas, que dentro de algunos años solo podrán entrar en ellos las barcas pescadoras. Los diferentes Estados de Europa, que pagan un tributo ignominioso á esta sombra de dignidad imperial, están grandemente interesados en hallarse al corriente de la situación de la marina marroquí, y en conocer bien la incomodidad de los puertos del Imperio.

«Descúbrense sobre el rio de Tánger las ruinas de un puente construido, según se supone, por los romanos. Solo su parte media está destruida, y no parece que esta destrucción sea obra del tiempo; es mas probable que los moros lo han cortado para hacer entrar sus barcos en el rio. El resto de la fábrica que todavía permanece en pie, está bien conservado, y su espesor demuestra la solidez de las obras de los antiguos, que conocían el arte de asociar á la belleza de sus edificios todas las cualidades que aseguran su duración.

«Tánger mantiene en tiempo de paz un comercio de reducidas proporciones con Gibraltar y la costa de España, á la cual está muy próximo, y recibe mercancías europeas en cambio de algunas provisiones que les suministra.»

En esta pintura de Tánger, hecha á fines del siglo último, casi nada hay que añadir, casi nada que modificar en la actualidad.

Quince días después de la llegada de Lemprieres á Tánger, el cónsul inglés recibió una carta del príncipe moro, en que le hacia saber su vuelta á Tarudante, manifestándole un gran deseo de ver al médico inglés. Aunque era también grande la impaciencia que este, por su parte, tenía de trasladarse cerca del príncipe, le fue preciso empezar por procurarse todo lo que era necesario para emprender su viaje. El príncipe había mandado que dos soldados de caballería le sirviesen de escolta. A su vez, el gobernador de Tánger debía proporcionarle una tienda, acémilas y un intérprete; pero costó no poco trabajo el encontrar un hombre que hablase bastante bien el inglés y el árabe para desempeñar el cargo de intérprete, y solo se le halló al fin por una casualidad, y aun fue preciso apelar á la violencia para determinarle á aceptar un cometido que él miraba con harta indiferencia.

Después de haberlo buscado en vano por toda la ciudad, el gobernador mandó que se inquiriesen en las sinagogas de los judíos, cuando se reunían para orar, si había alguno entre ellos que hablase el inglés. Un desgraciado judío que vendía fruta en las calles de Gibraltar, y habiendo ido á Tánger con su mujer y sus hijos, para asistir á una fiesta religiosa, no adivinando el objeto de la pregunta que se le hacia, tuvo la desdicha de responder ingenuamente que hablaba con igual facilidad el inglés y el árabe.

No se necesitó mas para que inmediatamente fuese detenido por tres ó cuatro moros, que emplearon para sujetarle tanto vigor como si les hubiese sido preciso haberseles con el mismo Hércules; y de tal manera le sacudieron, que cuando le llevaron á presencia del gobernador, estaba medio muerto. Este es el modo de proceder en aquel país. La mujer de este infeliz, desconsolada por la prisión de su marido, que acababa de verificarse á su vista, con la dulzura de maneras que acabamos de esponer, se dirigió al cónsul inglés, á fin de que solicitase y obtuviese la libertad de aquel, porque la atormentaban las mas vivas inquietudes acerca de su suerte, pues sabía cuan cruel es el placer que los moros experimentan en maltratar á los judíos, cuando estos no pueden esperar protección alguna; pero se logró tranquilizarla, prometiéndola el cónsul que su marido volvería sano y salvo, después de haber acompañado al doctor Mogador, donde tomaría otro intérprete, y que durante todo el tiempo de su ausencia se tendría cuidado de ella.

Así orillado este asunto, el cónsul inglés suministró á su compatriota una cantidad suficiente de vino y licore; dióle además víveres para dos días, una cama portátil, de construcción muy sencilla, y á este equipaje añadió algunos utensilios de cocina y un gran saco de cuero para meter en él la cama. La totalidad de la pequeña caravana de Lemprieres se componía de dos soldados y negros, su intérprete judío, dos mulas para los viajeros, otras dos de carga, que conducía á pie un bagajero árabe.

Habiendo salido de Tánger el 30 de setiembre á las tres de la tarde, el doctor no pudo andar aquel día sino ocho millas, y llegó á las seis de la noche á una pequeña población llamada Kindalla, donde pernoctó. El país que desde su salida de Tánger había atravesado era montuoso y estéril; algunas miserables cabañas distantes entre sí, se dejaban ver diseminadas en todas direcciones, aconteciendo lo mismo en todo el camino hasta Larache, en el cual apenas se ven algunas mezquitas barracas.

Las aldeas del imperio de Marruecos no son otra cosa que un montón de cabañas groseramente construidas, ya de tierra, ya de piedra, ya meramente de cañas cubiertas de paja y rodeadas cada una de una cerca impenetrable.

Al visitar la tienda que le había dado el gobernador de Tánger, en cumplimiento de las órdenes que había recibido, el médico llamado para asistir al mas ilustre persona e del Imperio marroquí, el hijo querido del emperador, vió que estaba tan acribillada de agujeros, que se vió obligado, para poner á cubierto su cama, á colocarla bajo una cerca; aquella desdichada tienda no pudo servir sino de un débil resguardo contra el viento. A las siete de la mañana, Lemprières volvió á ponerse en camino, irritado contra lo que le rodeaba como un inglés, acostumbrado á todas las comodidades británicas. A tres millas de distancia, atravesó un río á la sazón casi seco, el Marha; pero en la estación de las lluvias el caudal de sus aguas crece considerablemente, y su paso es peligroso; lo cual, por lo demás, sucede también con casi todos los rios de Marruecos, en los cuales apenas se conoce el uso de los puentes, viéndose en consecuencia obligados los viajeros á detenerse durante muchos dias y esperar á que hayan vuelto á su cauce para proseguir su camino. Este inconveniente no existe en los pequeños brazos de mar que le salen al paso, porque siempre hay barcas ó balsas en las cuales se puede atravesarlos.

La caravana se hallaba á las ocho de la mañana á la entrada de un bosque muy estenso, que Lemprières llama Rabeaclow. A medida que se penetraba en su soledad, el camino se dilataba por entre unas rocas escarpadas, desde donde se disfrutaba la vista del Océano. Los sitios majestuosos de aquel bosque le imprimian un sello á la vez agreste y novelesco; el camino era horroroso, siendo forzoso seguirlo con mucha lentitud y no pocas precauciones. A las once el doctor y su comitiva pasaron el rio Machiralachef, que atraviesa el bosque, y cuyas aguas tienen siempre una gran profundidad, aun durante las mayores sequías. Hicieron alto cerca de un risueño arroyo, en una hermosa campiña; y como no había asientos, nuestro doctor vióse precisado á empezar su aprendizaje de las costumbres moriscas, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas.

Vemos por su relacion, que aplicaba algun cuidado á la satisfaccion de su apetito; así, pues, para no retrasar su viaje con los preparativos de una comida caliente, hacia siempre cocer algo el dia anterior, pues una comida fiambre sazónada con un buen apetito le parecia excelente, cuando podia encontrar agua potable; pero la que se veia obligado á beber era generalmente tan cenagosa y salobre, que á pesar de la escesiva sed que le causaba la marcha por un país abrasador, tenia que apelar al expediente de mezclarla con vino; y aun así no podia beberla sino en pequeña cantidad. El doctor había arreglado su género de vida de una manera enteramente metódica: cenaba y se desayunaba con una taza de café; este le daba fuerzas por la mañana, y le refrigeraba por la noche. Siempre que llegaba á una poblacion de alguna importancia, renovaba sus provisiones.

(Se continuará.)

QUINTA DE RECREO PARA MILITARES

CONVALECIENTES.

El entusiasmo que la guerra de Africa ha escitado en todas partes se ha manifestado en las ciudades del litoral de Andalucía con actos sublimes de generosidad, desprendimiento y afecto hácia los valientes que caen heridos defendiendo el honor español. Entre las ciudades que mas se han distinguido en sus obsequios, se encuentra Málaga, donde toda la poblacion ha rivalizado para ofrecer alivio y consuelo á los heridos de Africa. Allí se han fundado hospitales como el de San Julian, dirigido por la asociacion de señoras con un esmero y un celo admirables, y allí tambien es donde se ha provisto con mayor lujo á los cuidados de la convalecencia. El grabado que damos en este número representa la hermosa quinta cedida por el capitalista don Juan Giró para permanencia de recreo de los oficiales convalecientes. Esta quinta que es bellísima, se halla situada á las puertas de la ciudad casi á orillas del mar, y sus alturas dominan un bello panorama. La gratitud nacional unirá siempre al recuerdo de las glorias con justadas por nuestro valiente ejército en Africa, la memoria de los que en todas partes han acudido con sus donativos y cuidados á aliviar la suerte de los heridos y enfermos.

DE OPORTO Á LISBOA.

FRAGMENTO DE UN VIAJE.

(CONCLUSION).

Al comenzar la marcha del buque, multitud de pañuelos se agitaban sobre el muelle para despedirme. Yo desplegué el mio tambien; y al corresponder profundamente afectado, á tan cariñosa bondad, los ojos derramaron una lágrima de ternura, y ávido el mar la recogió en su seno. ¡Quién sabe si un dia, petrificado entre los nácares del Océano, será emblema de amor en la purísima frente de una virgen!...

Tras una legua de andar atravesamos la barra del Duero, puerca y abundante de bajos y escollos, y tan estrecha y peligrosa que á la mas leve alteracion de la mar se corren en ella muy serios peligros. Todavía los crespones de una terrí le noche, pocos años antes pasada bajo la influencia de un furioso temporal, enlutan el traje y nublan el corazon de muchas familias de Oporto, que allí vieron perecer sin posible socorro á los mas caros objetos de su alma. Fue la del 29 de marzo de 1852 que ocupa ya una página siniestra en la terrible historia de los naufragios.—¡Qué de esperanzas en flor; cuántos amorosos afectos allí se ahogaron! ¡Y cuántas lágrimas á la par se vertieron!... ¡Oh! Si el mar creciese con el llanto de la humanidad, hace ya muchos siglos que el mundo no sería mas que un vasto Océano.

Afortunadamente, para que el ánimo no se apocara con el lúgubre recuerdo de aquella noche, las risueñas playas de San Juan de Foz, al N. E. de nuestro rumbo se mostraron entonces salpicadas de graciosos edificios y de mágicas tiendas de lino, á cuyas plantas las olas del mar mimosas jugueteaban. Y para que nada faltase á los encantos de aquella preciosa vista, ondulantes melenas, que al par se rizaban de las olas, materializaron á mis ojos, avaros de ilusiones, los fantásticos cuentos del mar de las sirenas, y el poético lago de las hadas.

Con once millas que íbamos navegando en cada hora, no era fácil gozar mucho tiempo del panorama que tan agradablemente me había entretenido. Al alcance natural de nuestra curiosidad se hicieron puntos imperceptibles las virginales cabezas de mis nereidas; y una columna de humo, al acaso interpretada, envolvió entre los misterios de la ilusion la nivea blancura de sus barracas, y todos los atractivos de aquella playa voluptuosa.

Los que sucesivamente se iban ofreciendo en la costa á cuyo largo navegábamos de N. á S. todavía levantaron la mente mas allá de las impresiones naturales de un viaje ordinario. Es verdad que el tránsito de la ria había sido delicioso porque sus quintas y sus florestas, sus brisas perfumadas y sus árboles frondosos, sus matizados colores y hasta las vagas sombras de una ilusion escitada con tanta novedad, me habían conducido imaginariamente por los encantados jardines de Armida, hasta las mansiones sagradas del Paraíso.

De pronto una linea divisoria se presentó en la mar, que hasta entonces habíamos surcado por ondas cenicientas. Y era que á tres millas poco mas ó menos de la barra, se desvanecian los residuos de la tierra que el turbio Duero arrastraba en sus corrientes, y el Océano comenzaba á ostentar allí su mate de esmeralda y su nítida transparencia.

Entonces, herido súbitamente por el recuerdo de mi proserpcion, todas las imágenes se evaporaron y la realidad se ofreció al pensamiento desnuda y sin atractivos. Pareciéronme las heces del rio manchadas con los disturbios de la sociedad; con las funestas pasiones que me lanzaban de mi patria; y en tal caso, ni el Duero podía continuar siendo en mis ilusiones el Tigris ó el Eúfrates de la Escritura sagrada, ni las frondosas riberas que me habían sublimado eran mas que un retrato de los excesos de la vanidad, decorados por el arte y alimentados por la naturaleza.

Bien hacia el mar en poner límites á semejantes señales. Los disturbios de la tierra no deben estender su influjo desastroso mas allá de la tierra misma. El Océano apenas reconoce señoríos, ni está subordinado á sistemáticos preceptos; y por lo tanto debe ser un campo inviolable, donde no tengan cabida los rencores de los partidos ni los desmanes de los hombres.

Escaso tiempo había concedido el espíritu á las impresiones de la triste realidad, cuando se desvanecieron en lontananza aquellas señales. El vapor nos empujaba con tanta rapidez como yo queria para dar libre curso á mas variadas emociones; pero las que en el resto de aquella tarde me ocuparon con los objetos sucesivos de la costa, apenas merecen la consideracion de recordarse.

Si mi pobre imaginacion fuese accesible á las concepciones de la fábula, quizás no sentaría mal improvisar en este punto algun cuento de los *Mil y un Fantismas*, á lo Dumas, ó entretener agradablemente á mis lectores con los grotescos diálogos de la gente de mar, que tanto ayudaron al ciego Arago en la brillante narracion de su *Viaje alrededor del mundo*.

Precisamente las sombras que avanzaban sobre nosotros á pasos gigantescos, y el tornasol que reflejaban las olas con la próxima ausencia del dia, y las estrellas que despues tachonaron el firmamento, para revelarnos en sus giros eternos la existencia de otros mundos físicos y la armonía de todo lo creado, y los pálidos rayos de la luna, que por la ancha extension del Occidente dibujaban una equinocial de plata sobre la blanca superficie del Océano, y el fosfórico oleaje que saltaba en torno del buque, como una falange de graciosos espíritus iluminando nuestra marcha: toda la poesia, en fin, de una noche serena sobre el mar, se ofreció risueña á los sentidos, para elevar la inspiracion á las sublimes esferas del entusiasmo.

Pero, cierto que las arideces de la investigacion están divorciadas de la fantasia, y una vida consagrada á los arcanos de la historia, se aviene mal con las exigencias de la novela.

Yo admiro con religiosa veneracion las brillantes creaciones de Chateaubriand en América: los ascéticos can-

tos de Lamartine en la Tierra Santa. Cautivanme con especial curiosidad aquellos auríferos palacios de Marco Polo en Oriente: y el heroísmo de los compañeros de Mendez Pinto ante el fabuloso ejército de los veinte y siete reyes allá en la Persia. Pero, siempre esclavo de la verdad, me estasio todavía mas con los monótonos derroteros de Cristóbal Colon y de don Juan de Castro: devoran con avidez mis ojos las descripciones geográficas delineadas ó escritas de Martin Behem, de Cadamosto, de Bartolomé Diaz y de Juan de la Cosa: gozo en las toscas narraciones de Pedro Alvarez Cabral y de Sebastian Elcano, de Bougainville y de Cook inefables placeres: mi espíritu se eleva prodigiosamente al reparar los trabajos cosmográficos de don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa sobre la medicion del Ecuador, y el entusiasmo crece de punto cuando una verdad científica corona las observaciones astronómicas de Mazarredo: hace universales los logaritmos de Mendoza: ensancha la fama de Navarrete y de Macedo, los sabios académicos de nuestros dias, por los secretos que roban á la historia de los tiempos oscuros, y circunda de gloria la existencia del gran Humboldt príncipe de los modernos viajeros y perfecto esportador de las maravillas del Nuevo Mundo.

Por esto las sombras que limitaban los horizontes no fueron parte á despertar mi inventiva. Sus tinieblas concretaron el pensamiento en los objetos visibles de la navegacion; y entonces los adelantos de la náutica, y los secretos robados á las ciencias naturales para perfeccionarla, fueron el blanco de mis pensamientos, subordinados á los accidentes del viaje.

Aunque en este los vientos dormían, y las olas del mar se agitaban apenas, todavía acudió á mi memoria el recuerdo de una furiosa tormenta que había sufrido al remontar las Canarias, cuando mi viaje á la Isla de Cuba.

Sin la perfeccion alcanzada en el arte de navegar ¡qué hubiera sido entonces de nosotros! Porque el sol se había osurecido por entre los fragores de la tempestad; de las siniestras olas que batía el huracan sobre nuestro frágil bastimento torrentes de agua se desprendían, y el mar levantado hasta las nubes, nos estrechaba en un abismo sin salida, como si pretendiera cerrarnos el camino de toda evasión contra la muerte.

Todavía recuerdo la candidez de un pasajero que, ante aquel horrible espectáculo, pálido y casi sin voz murmuraba: «¡y quién será capaz ahora de adivinar el camino que llevamos!» Porque el infeliz había comprendido vagamente que las señales de nuestro rumbo solo podían hallarse en un cielo despejado; y en aquellos momentos de sublime terror, apenas algunos destellos de luz hacían mas siniestras las tinieblas que nos rodeaban. No tenia de la brújula las mas leves nociones, ni podia adivinar que con ella se hubiesen desvaecido las dudas que un lago inmenso ofreciera, poblado de fantasmas, á los antiguos marineros.

Sin embargo es evidente que los secretos de la naturaleza poco hubieran adelantado sin el ingenio humano para asegurar, tan completamente como hoy lo está, el éxito de las expediciones navales.

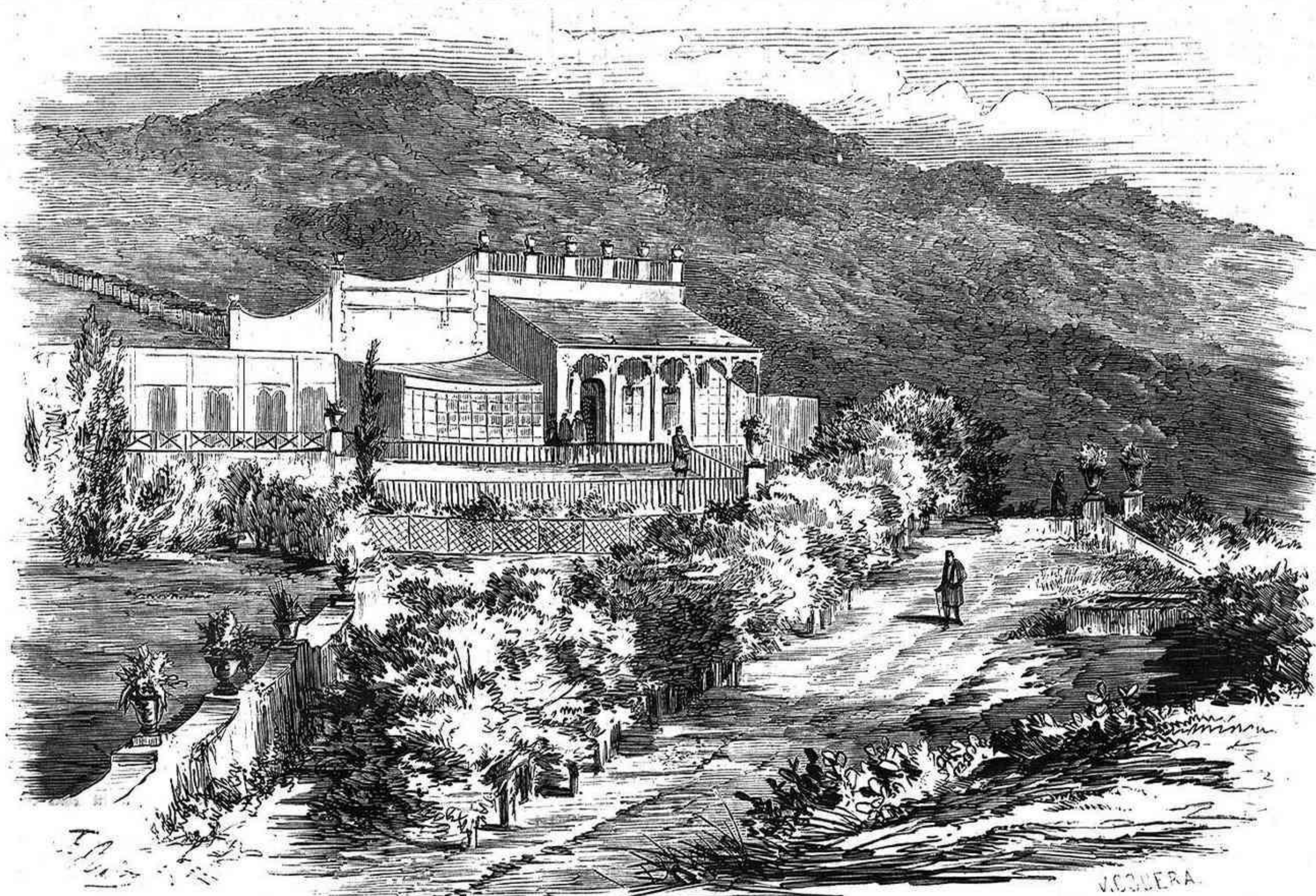
La brújula, es verdad, había podido fijar el verdadero rumbo de los buques próximos ó lejanos de la tierra; pero son tantos los accidentes que constituyen el todo de la navegacion, que difícilmente, por el solo conocimiento de aquella, habría esta logrado perfeccionarse.

Por fortuna, iniciaron la marcha de los adelantos científicos aquellos sabios portugueses maestros, Rodrigo y Josef, que asociados al insigne Behem y bajo los auspicios de don Juan II inventaron el *astrolabio* para navegar por la altura del sol, y las tablas de sus declinaciones.

Desde entonces, como si un espíritu regulador hubiese inspirado por igual á todos los maestros de aquella ciencia, el gran Colon observó las variaciones de la aguja magnética, y las dió á conocer por principios exactos: Alonso de Santa Cruz inventó las cartas esféricas, mejorando el conocimiento descriptivo de los continentes y de las islas, de los bajos y los escollos, de los rumbos y de las distancias; Quirós proveyó á las necesidades de la navegacion, logrando los medios de hacer potable y sabrosa el agua de la mar, y Diego Rivero introdujo sus magníficas bombas de achicar, contra los deterioros irremediables del fondo de los barcos. Pedrarias Dávila se apercibió contra los efectos de la *labroma*, usando los forros de plomo, que despues se cambiaron por planchas de cobre; Gaztaneta y Navarro introdujeron grandes reformas en la construccion naval para aligerar el movimiento de los navíos, sin disminuir su resistencia, y una multitud de sabios, en fin, penetrando en las regiones de la astronomía y de las matemáticas, se hicieron árbitros del arte de navegar, fijando con toda exactitud la verdadera situacion de los buques, y mejorando las observaciones hasta la perfectibilidad de que hoy disfrutan, con auxilio de los cronómetros, por el uso del sextante.

Emulas de tan famosos adelantos acudieron la mecánica y la física á dar la última mano á las modernas invenciones; y llevando mas allá del humano discurso los arranques de su combinacion, produjeron los barcos de vapor que asombraron al mundo de los sabios, y dieron tan portentosa velocidad al comercio universal de todos los hombres.

La situacion que yo ocupaba en el instante de fijarse mis ideas sobre esa maravilla del entendimiento no po-



QUINTA CEDIDA POR DON JUAN GIRÓ, EN MÁLAGA, PARA OFICIALES CONVALECIENTES DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

dia ser mas oportuna. Plácidas sombras reconcentraban el pensamiento: refrescábanlo agradables brisas, y la soledad que me habia propuesto disfrutar sobre la toldilla del buque, se prestaba á la contemplacion como las tinieblas al misterio; como el aire á las armonías; como la novedad al filósofo, y como al poeta el entusiasmo.

¿En qué frente privilegiada, me pregunté yo entonces, se introdujo el aliento de Dios, para desentrañar de las ciencias naturales tan sorprendente secreto? ¿Fue por ventura el poder de una humana capacidad quien dió vida á un objeto inanimado, y propio movimiento á la materia bruta?

No; no fue producto de una sola comprension ese gigante pensamiento que borra las distancias de la tierra, y hiende los vientos á su antojo. Todo el caudal de la ciencia de Dios no puede reducirse á las mezquinas proporciones de un solo individuo, siquiera el mismo Dios lo hubiese llenado de su sabiduría.

Las máquinas de vapor, segun hoy las conocemos en el uso de la navegacion, son el producto de veinte siglos de esperiencias. Millares de generaciones, ocupadas en despejar las tinieblas de su propia rusticidad, arrancaron este secreto mas á la sabia naturaleza, y lo empujaron hasta su perfeccion casi siempre con los arranques del genio; á veces por los inocentes caminos de la casualidad, y no sin frecuentes intervalos de tiempo entre uno y otro adelanto.

Hieron de Alejandria, el sabio alumno de Ctesibio, inició los arcanos de semejante novedad, no menos de ciento y veinte años antes de Jesucristo, y hasta el Fulton de nuestros dias no pudo verse coronada la obra de un éxito completo. Pero en esa distancia secular no reposaron los entendimientos, ni el ingenio permaneció estasiado. Evaporáronse las tinieblas de la postracion universal, y el sol de una nueva cultura penetró en los misterios de la antigua civilizacion por entre los arcanos de la ignorancia. La admirable invencion del famoso alejandrino se hizo patente á la curiosidad de otros filósofos; y Scappi en Italia, y en Francia Salomon de Cos comenzaron á desentrañar la novedad, aplicando la fuerza expansiva del vapor á varios usos domésticos.

El marqués de Worcester y Samuel Moreland, sin adelantar gran cosa á los ingenios anteriores, indicaron, no obstante, su posible aplicacion á los artefactos: el gran físico Papin de Blois ya encontró el secreto de dar movimiento propio al émbolo encerrado en un cilindro; y Mr. Amontons, de la academia de Ciencias de París, quiso hacer funcionar el nuevo motor sobre grandes ruedas de molino.

Desde la cumbre de la sabiduría se esparcieron los rayos de aquella nueva luz por las esferas de otros ingenios mas modestos; de manera que no solamente el herrero Newcome y el fabricante de vidrios Caule perfeccionaron aquellos émbolos movientes, y concurrieron á vencer el peso atmosférico por la fuerza del vapor condensado, sino que tambien el aprendiz Porter, aplicando un cordel para simplificar su trabajo en la imperfecta máquina de Chavary, inspiró á Beigton sus famosas bombas de fuego, con las válvulas corredizas y las mangas alimentarias.

Para entonces ya el célebre Mr. Wat, dedicándose á aprovechar todo lo mas posible la fuerza elástica del vapor, habia logrado condensarlo fuera de los cilindros, de la propia manera que hoy se hace; y despues de tantas mejoras el ingenioso Washbrough convirtió el movimiento rectilíneo en movimiento de vaiven, en movimiento de rotacion ó giratorio; acabando de resolver el problema de la perfecta aplicacion del vapor á todas las industrias manufactureras.

Vinieron despues los caminos de hierro, inspiracion del filósofo Evans, americano, y las máquinas para la navegacion, ensayadas por Rumsey, de la misma procedencia; y desde entonces, por los antros de esa ciencia misteriosa, un eco permanente repite los nombres de Botelho, Wolf, Trevisnick, Blenkinsop, Darlington, Cecil y otros, cuya generosa aplicacion concurrió á la perfectibilidad que aquella ha logrado, desde el estrecho mecanismo del autor de las clepsydras, hasta los ingenios de hélice que en la navegacion se van introduciendo. Y entre tanto, el espíritu universal de todos los tiempos y de todas las naciones reunió su caudal con los esfuerzos del arte, saliendo de esta prodigiosa invencion tan incólume la unidad del entendimiento, como de todas las demás especies que constituyen la ciencia de la vida. Porque la inspiracion, hija del mismo Dios, no conoce naciones predilectas, ni hace distincion de pueblos ó razas; y esa combinacion sublime de causas coherentes, que acaban al fin por desentrañar una verdad civilizadora, es el producto de la inteligencia universal: es la historia progresiva de todo el género humano.

A la luz que distribuian por la mente los invariables principios de la razon, sustituyeron en los ojos dos nuevas antorchas que desde la superficie del mar se fueron levantando. Genios benéficos de la falange de Dios me parecieron, destinados á alumbrar nuestro camino; pero á medida que la proximidad los hizo perceptibles, distinguí los faros de Peniche y las Berlingas, que á la media noche montamos tranquilamente.

De sus brillantes reverberos otro secreto desentrañaron las ciencias naturales: y no importa que la prevision divina haya ocultado á las modernas generaciones el mas gigante misterio de la luz refractaria. Sobrados adelantos hace el genio del mal sobre la tierra para la mas rápida destruccion de nuestra especie, y nada se ha perdido con la ignorancia que nos hace suponer mitológicos aquellos espejos cóncavos donde el gran Arquímedes reconcentraba todo el fuego del sol, para abrasar á su antojo escuadras enteras.

Basta á celebrar las victorias del entendimiento esa apacible bienhechora luz que guia al navegante en su rumbo, y le advierte á larga distancia los peligros de su derrota.

Sobre el prodigio de la Grecia descolló esta vez triunfadora la humanitaria inspiracion de Tolomeo Soter: aquella de las siete maravillas que admiró la antigüedad sobre el islote de Pharos, cuyo nombre aun retiene para eterna conmemoracion del que ahuyentaba las sombras de la noche en la soberbia ciudad de Alejandro.

Traspuesta aquella luz, densos vapores se levantaron del mar y me embargó los sentidos un sueño misterioso

y agitado. Errantes visiones adelantaron en la mente sublimes recuerdos que se atropellaban y desaparecian, y de nuevo se amontonaban en la oprimida imaginacion, como las rugidoras olas del mar sobre las rocas impasibles. Y era que los albores de una nueva aurora iban á herir los ojos de mi investigacion con los lugares de otras generaciones, con la memoria de otros héroes.

La poética ciudad del Tajo; la corte de don Juan II; el marcial campamento de don Sebastián; el puerto de las grandes armadas exploradoras la patria de Camoens, en fin, iba á esponer á mi avara curiosidad la magia de sus encantos: la escelsitud de su grandeza; el indomable espíritu de sus monarcas, la osadía de sus conquistadores, y la gloria imperecedera de su genio.

Príncipes que anaden nuevas coronas al escudo de sus armas, y reyes que devastan ancianas monarquías; navegantes que extienden el comercio y la civilizacion por ignotos hemisferios y capitanes que doman con su valor inmensos territorios; pilotos que recorren á otros

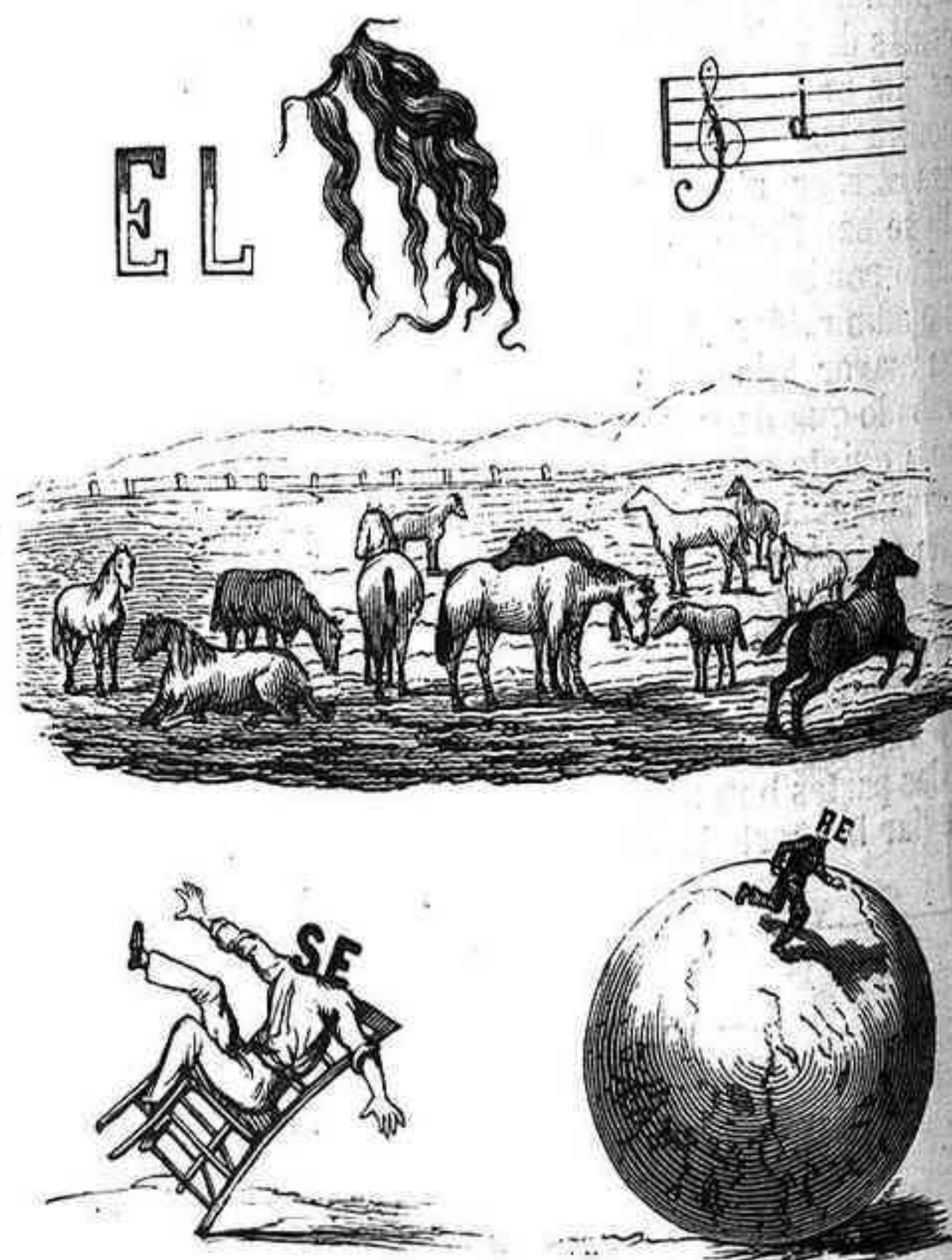
mundos el velo del misterio con que recelosos se ocultaban, y soldados que llevan las banderas del Redentor por todos los extremos de esos mundos, y poetas que cantan, y monumentos que se elevan, y una monarquía que parece angustiada, y otra que se levanta por entre los escombros de su caduca senora; y una ciudad que se estremera y cae empujada por la mano de Dios, y otra ciudad que la mano del hombre improvisa mas hermosa disputando á la divinidad su omnipotencia....

Todos estos recuerdos y muchos mas agitan mi espíritu y lo sofocan, y lo abaten, y lo hacen al fin caer en la postracion, bajo la influencia bienhechora del sueño mas profundo. Dejémosle reposar mientras que el sol visita otros hemisferios y alumbra otras historias.

El vigía de la ampolleta ha pisado ya la última hora del 24 de octubre, y es preciso descansar hasta que la luz de un nuevo dia vuelva á devorar con sus brillantes rayos esta porcion del universo.

JOSÉ FERRER DE COUTO.

Geroglífico.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.